

José Martí: la organización política y el problema de la raza en el preámbulo de la guerra de independencia cubana

Oleski Miranda Navarro
Emory & Henry College
ojmnavarro@ehc.edu

Summary

The last years of José Martí in the United States can be classified as one of the author's most prolific intellectual periods in terms of his thinking about race. In the 1890s, he published several articles on the subject as his activism for the liberation of the island gained decisive momentum. With this work we try to illustrate how Martí's position regarding the racial issue evolved towards carrying out concrete actions, such as the foundation in 1892 of the Partido Revolucionario Cubano (PRC). My analysis is drawn mainly from a series of texts published in the *Patria* newspaper, the ideological organ of the PRC. Between 1892 and 1894, this publication was the platform that Martí used to prepare and promote the social scenario that he envisioned for the construction of post-colonial Cuba, encouraging racial inclusion and civil participation stemming from his political agenda.

Keywords: José Martí, Cuba, Race, Politics, *Patria*

Resumen

Los últimos años de José Martí en Estados Unidos se pueden catalogar como uno de los períodos intelectuales más fecundos del autor en cuanto a repensar el concepto de raza. En la década de 1890, publicó varios artículos sobre el tema mientras su activismo por la liberación de la isla cobraba un impulso decisivo. Con este trabajo intentamos ilustrar como la posición de Martí con respecto al tema racial fue evolucionando hacia la realización de acciones concretas, como por ejemplo la fundación en 1892 del Partido Revolucionario Cubano (PRC). El análisis se extrae principalmente de una serie de textos publicados en el periódico *Patria* el órgano ideológico del PRC. Entre 1892 y 1894, el impreso fue la tribuna que utilizó Martí para preparar y promover el escenario social que vislumbraba para la construcción de la Cuba poscolonial, incitando desde su agenda política, la inclusión racial y la participación civil.

Palabras clave: José Martí, Cuba, Raza, Política, *Patria*

Por años, la aparición del tema de la raza en la obra escrita de José Martí ha cautivado la atención de los estudiosos porque, entre otras particularidades, los argumentos sobre la raza se presentan bajo diferentes luces en las distintas etapas de la vida del escritor y político cubano. En este ensayo el enfoque es el pensamiento racial del Martí más maduro, así como el más activo políticamente, en el preámbulo del conflicto definitorio por la independencia cubana en 1895. Parte de este ideario, se inicia en forma fragmentaria en el contenido de la correspondencia que dirigió a la cúpula del movimiento independentista desde principios de 1880. En este intercambio con otros dirigentes, podemos avistar por primera vez las bases con las que delinearé su posición más elaborada sobre la exclusión racial en Cuba. Ya en la década de 1890, enfilando la mirada en el levantamiento que vendría, la discusión sobre la raza para Martí pasará a tener un rol central en el proceso de gestación de la llamada Guerra Necesaria (1895–98).

Los hilos de la política de la raza

El 20 de julio de 1882 un impaciente Martí insinuaba en una comunicación escrita a Antonio Maceo que el principal obstáculo para una Cuba libre era de carácter social más que político. Con su carta se dirigía al General afrodescendiente que había labrado su ascenso de soldado raso a ser el segundo al mando durante la Guerra de los Diez Años (1868–78) y le expresaba que, sin enfrentar los problemas raciales existentes en la isla, cualquier intento de establecer una república independiente estaba destinado al fracaso: “a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y cómo ésta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuos de una y otra raza”. (Martí, vol. 1: 172). En esta comunicación epistolar, Martí parece confiar en procesos racial y socialmente integradores como única solución a los desafíos de la isla. En esta carta, y en otros documentos posteriores, el debate de lo racial aparece como el punto álgido en la cadena de obstáculos

a vencer, tanto en los esfuerzos para la liberación política de Cuba como para la creación de un escenario propicio en el período posindependencia.

Martí comenzaba a mostrar su convicción de que la población afrodescendiente de Cuba tenía el legítimo derecho a aspirar a una mejor situación. Su reclamo no solo estaba dirigido en contra del régimen colonial, era también una postura ética que esperaba compartieran los líderes de la revolución. Aline Helg sugiere que tanto Martí como Maceo estaban convencidos de que una victoria contra los españoles no era posible sin la unión de cubanos blancos y negros (Helg, "La mejorana" 243). Por otro lado, se puede sostener que al mismo tiempo se estaba perfilando una posición pragmática dado que la exclusión sectaria, racial y de clase pondría en peligro la lucha por la liberación de isla.

Años después el mismo asunto se abordó en una carta dirigida a Máximo Gómez (1836–1905), el líder nacido en República Dominicana y conocido en Cuba como el Generalísimo y comandante en jefe de la Guerra de Independencia. Con fecha del 16 de diciembre de 1887, el escritor propuso cinco puntos hacia los que debía dirigirse la insurgencia. Estos dictámenes fueron redactados en una resolución de un grupo de emigrantes cubanos en Estados Unidos, quienes formaban parte de una comisión ejecutiva de Revolucionarios Cubanos en Nueva York (Martí, vol. 1: 222). En el ítem número cuatro se planteaba el siguiente objetivo: "Impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra." (1: 219).

Este punto en particular representaba las expectativas de algunos de los revolucionarios sobre el proceso de construcción de la nación; no se aceptarían ni el gobierno sectario ni la imposición racial. El objetivo era unir democráticamente a todos los grupos sociales de la isla. Martí delineó su postura con respecto a la participación civil y la igualdad, y enfatizó con ahínco el tema

de la discriminación como uno de los más importantes durante el proceso preparatorio de la revolución. En carta posterior, fechada el 26 de septiembre de 1888, dirigida a Emilio Núñez, otro general de la guerra revolucionaria y futuro vicepresidente de Cuba entre 1917 y 1921, Martí denunciaba la forma en que se trataba a la población negra: “Ya ve cómo asoman también por aquí las malas pasiones, y se les dice a los negros poco menos que bestias”. (1: 227).

Las opiniones en las cartas de Martí sobre la igualdad y el conflicto racial en la isla pueden percibirse como un antecedente a los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, organización que fundó en Estados Unidos en enero de 1892. Las disposiciones del partido fueron aprobadas el 10 de abril de 1892 por exiliados cubanos y puertorriqueños, dando origen a la organización política. (Martí, vol. 1: 277) Los estatutos constaban de nueve artículos que promovían, entre otras garantías, “un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.” (1: 277) El 10 de abril de 1892, se llevó a cabo la inauguración del PRC en varias ciudades de Estados Unidos, entre ellas Cayo Hueso, Tampa y Nueva York. (Fernández 25).

El PRC se convirtió así en el tercer partido político en Cuba, tras la firma del Pacto de Zanjón en 1878 que puso fin a la Guerra de los Diez Años (1868–78). Una de las otras dos opciones políticas generadas con el fin del primer alzamiento, fue el Partido Liberal, luego rebautizado como “Autonomista”, una organización política asociada a los propietarios de las plantaciones y que fue la primera asociación política en Cuba estructurada en medio de cambios para la transformación del dominio colonial (Pérez 7). Los autonomistas buscaban la igualdad de los cubanos en relación con la metrópoli, así como la separación del poder militar y el político en la isla, la libertad de prensa, reunión y asociación, además de las garantías individuales, de domicilio, propiedad y correspondencia (Pérez-Cisneros 257). Esta organización, directamente

relacionada con la aristocracia criolla cubana, debía proporcionar los medios para poner en marcha las reformas prometidas por España. La idea era que después de la guerra y con la tregua del Zanjón se daría a los cubanos mayor autonomía. Al principio, el partido mantuvo una posición ambigua sobre la abolición de la esclavitud que se exigía bajo un esquema de compensación a los propietarios mientras se promovía la inmigración esencialmente blanca para la isla.

También en 1878 en respuesta a los autonomistas, el gobierno colonial español fundó, como una solución conservadora a las reformas progresistas de la época, el segundo partido político en la Cuba posterior al Pacto de Zanjón. El Partido Unión Constitucional, abiertamente simpatizante de la metrópoli y prodigiosamente de alineación peninsular, atrajo a los más fervientes seguidores de una “Cuba española”. Dispersado por La Habana y las áreas de mayor concentración de poder económico y político, este partido tradicionalista estaba profundamente arraigado en los intereses de la península. Sus miembros incluían hombres de negocios y comerciantes, así como miembros del gobierno colonial y empleados tanto de las filas provinciales como municipales (Pérez 10). El Partido Autonomista y el Partido de la Unión Constitucional compartían al menos una causa común: ambos se oponían a un levantamiento militar separatista, similar al que habían liderado los insurgentes de guerras anteriores.

El nuevo partido fundado por Martí era el aparato político para conducir la emancipación de Cuba siendo ensamblado para unir a los diferentes grupos de revolucionarios, tanto en el exilio como en casa, así como para ayudar a promover la emancipación de Puerto Rico, como se afirma en el primer artículo de sus estatutos: “El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”. (1: 279). En consecuencia, el objetivo principal del PRC era fundar, como

es señalado en el estatuto 4, “un pueblo nuevo y de sincera democracia” capaz de manejar la libertad abrupta que se obtendría después de una exposición prolongada al sistema colonial. Para las riendas del PRC era importante evitar seguir los pasos de otras naciones hispanoamericanas previamente emancipadas que aparentemente sólo habían logrado reproducir los esquemas coloniales de los que habían obtenido su libertad. Mediante el establecimiento de la nueva organización política, la idea era evitar la continuidad de las arraigadas instituciones del gobierno colonial: “no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia”. (1: 279). De igual medida, la creación del partido político también surgió como salvaguarda contra el surgimiento de una dictadura en Cuba.

En un principio, la relación entre Martí, jefes militares y veteranos de la Guerra de los Diez Años, principalmente Gómez y Maceo, fue de sospecha y discordia. Martí no había participado directamente en las fallidas guerras cubanas. Gómez consideraba a Martí como un hombre de letras que no estaba preparado para la lucha armada. Maceo, en su primer encuentro con Martí, estuvo en desacuerdo con el escritor en muchos puntos, llegando a sugerir que era mejor que regresara a New York y dejara la lucha armada a verdaderos generales (Lawrence 54). Por el contrario, Martí temía que la dirección de la revolución dependiera únicamente de decisiones militares, excluyendo así al resto de la sociedad. Luego de reunirse en 1884 con Maceo y Gómez en Nueva York, Martí advirtió y protestó contra el tipo de liderazgo autoritario de Gómez, a quien acusó de manejar el movimiento insurgente solo como una campaña militar donde la sociedad civil no tenía cabida. La ruptura entre Martí y Gómez durante ese período provocó fricciones entre el escritor y la jerarquía del movimiento separatista en el exilio. (Lawrence 34). Martí luego buscó fusionar los anhelos separatistas compartidos por los líderes militares y las nuevas generaciones civiles, los líderes militares y la población civil, con

el fin de capitalizar el descontento con el gobierno colonial cubano. La plena reconciliación entre Martí y los generales vendría años después, a principios de la década de 1890. La cautela de Martí sobre la naturaleza autoritaria del gobierno marcial se basó en sus experiencias en Hispanoamérica. Desde sus inicios, Martí intentó organizar el Partido Revolucionario Cubano independientemente de la afiliación a credos, clases, géneros o razas particulares, lanzándolo en cambio con un propósito común aplicable a toda la sociedad civil.

El periódico *Patria* y la movilización racial

Patria, fundado por Martí el 14 de marzo de 1892, fue el principal periódico revolucionario del exilio cubano (Rotker 69). Varios ensayos y artículos destacados como “Nuestras ideas” (1892), “Mi raza” (1893) o “El plato de lentejas” (1894) fueron divulgados en sus páginas hasta su última edición el 31 de diciembre de 1898. El título *Patria* era particularmente simbólico porque implicaba uno de los principales objetivos de la revolución, la idea de una nación donde se reconocieran los derechos de todos, como se expresaba fervientemente en “Nuestras ideas”, el artículo de apertura de la primera edición: “Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, [...] un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos.” (Martí, vol. 1: 321). El título elegido para el periódico hacía referencia a un esfuerzo anterior de un Martí adolescente: un pequeño periódico de corta vida llamado *Patria libre* que Martí creara en 1869. El concepto de patria promovido por Martí, que había sido presentado de manera similar en “El presidio político en Cuba” (1871), uno de sus primeros ensayos, era esencialmente una convergencia de identidades donde el ideal nacional figuraba como “comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas” (1: 53).

La corriente ideológica avalada en el impreso *Patria* de 1892 se enmarcaba

en el nacionalismo desligado de la raza, posicionando la integración ciudadana en oposición a la visión colonial homogénea que identifica al territorio de Cuba como una extensión colonial insular de la metrópoli. En *Patria* una Cuba libre estaba imaginada a través del paradigma en el que todos los miembros de la sociedad no solo alcanzarían la condición de hombres y mujeres emancipados, sino que serían tratados como iguales, o al menos más favorablemente en todos los ámbitos sociales. Así pues, la guerra contra el dominio colonial español representó un medio por el cual los diferentes segmentos de la población pudieron hacer realidad intereses singulares y colectivos. Aline Helg sostiene que la coyuntura de la guerra permitió un escenario en el que la población negra se rebeló contra el racismo y la desigualdad, mientras que, simultáneamente, los agricultores desposeídos, independientemente de su origen racial, también participaron en la lucha por obtener acceso a la tierra. Los líderes populares buscaron poder político y las comunidades anticiparon que obtendrían el derecho a determinar el futuro de su región (Helg, “Sentido e impacto” 1998). Aunque la lucha por una Cuba libre era una lucha que afectaría, en distintos niveles, a todos los grupos raciales o clases, el terreno común compartido por los diferentes grupos que luchaban por la libertad de la isla era la creencia de que la independencia establecería el camino para mejorar todas sus condiciones dentro de la sociedad.

La inclinación a fusionar los intereses heterogéneos de los grupos sociales que buscaban mejores condiciones a través de una ruptura con España creó, en parte, el trasfondo social y político para impulsar una identidad nacional inclusiva. *Patria* se lanzó cuando Martí aún vivía en Nueva York y pretendía ser el instrumento ideológico que construiría la identidad multirracial necesaria para la nueva república. No era extraño que la revolución acentuara la situación adversa de la raza de color, grupo que representaba un tercio de la población de la isla y que era el grupo social más marginado de Cuba (Helg, “Sentido e impacto” 48). Hacia el final de la Guerra de los Diez Años, Cuba comenzaba

a mostrar signos de cambio en la dinámica de las relaciones raciales. Fue un proceso de transformación gradual, pero en 1868, cuando Carlos Manuel de Céspedes liberó a sus esclavos y les pidió que se unieran a él en su lucha contra España, se abrió el camino para lo que hasta ese momento había sido inimaginable: un movimiento independentista armado, con soldados negros luchando como hombres libres. Por otro lado, si se mira el contexto social e histórico de 1868 a 1878, cuando jóvenes afrodescendientes ascendieron de soldados rasos a militares de alto rango, entre ellos Antonio Maceo, su hermano José Maceo, Flor Crombet y Agustín Sánchez Cebreco, resaltan las contradicciones existentes de la época. Por ejemplo, cuando Antonio Maceo alcanzó el grado de general de división del ejército mambí en 1878, todavía pasarían ocho años más para que España decretara la abolición de la esclavitud. El poder obtenido por los soldados negros a través de sus esfuerzos en la batalla anterior a la guerra de 1895 tuvo un profundo impacto en la población afrodescendiente de Cuba, pero también aumentó el miedo y el racismo dentro de las élites peninsulares y criollas.

El miedo que reinaba entre los criollos blancos a la sombra de la violenta rebelión de esclavos de Haití, llevó a España a estigmatizar la insurgencia separatista como una guerra racial. Al equiparar la insurrección de 1895 con un conflicto racial, como habían hecho en conflictos anteriores, España logró desviar el apoyo potencial de algunos criollos de la isla. Sin embargo, la propaganda generada por España para clasificar la Guerra Necesaria como un conflicto racial no tuvo la misma respuesta que en guerras anteriores (Ferrer 143). Para 1895, la sociedad cubana había cambiado en varios niveles sociales y políticos. Por ejemplo, las reformas impulsadas por España tras la tregua del Zanjón permitieron el funcionamiento de los partidos políticos y otorgaron más libertad de prensa. La tendencia al nacionalismo había aumentado entre la población y demográficamente Cuba había experimentado un “blanqueamiento” a través de las políticas de inmigración. Entre 1882 y 1894,

se estima que 224.000 inmigrantes, en su mayoría agricultores y trabajadores de la península ibérica pudieron llegar a la isla. Muchos traían consigo los gérmenes de las ideologías obreras anarquistas y marxistas (Anderson 150). Finalmente, y central entre todos los cambios que se estaban produciendo en la sociedad cubana en ese momento, fue el hecho de que había pasado casi una década desde la abolición de la esclavitud en 1886.

La idea de incluir a la población afrodescendiente como fuerza política en el levantamiento contra España no fue solo una cuestión de retórica revolucionaria. Pensando en el papel que debían tener los diferentes grupos sociales en una Cuba postcolonial, la participación de negros y mulatos también se convirtió en una prioridad en la visión política de Martí. Antes de la fundación del PRC en 1890, Martí y el tabaquero e intelectual negro Rafael Serra Montalvo fundaron una sociedad educativa en Nueva York conocida como La Liga. Esta, que fue también una escuela de propaganda de la revolución, tenía como objetivo orientar y preparar a los exiliados puertorriqueños y cubanos, especialmente a los inmigrantes afrodescendientes, para la independencia de España. En diciembre de 1892, pocos meses después de la impresión del primer número de *Patria*, el intelectual mulato abogado y fundador del Directorio de las Sociedades de Color en Cuba, Juan Gualberto Gómez, establecería el periódico *La Igualdad* (Fornés Bonavia 95). El Directorio, la organización que lo avalaba, buscaba promover los derechos civiles de los negros y unir las fuerzas políticas de todos los cubanos. *La Igualdad*, como brazo informativo, contó con el apoyo de Serra Montalvo, que escribía desde Nueva York. La publicación dirigida por Gómez trabajaba en alianza con *Patria*, por lo que cada una de las publicaciones promovía el contenido y la circulación de la otra. (Guerra 28).

Después de la fundación del PRC, Martí nombró a Juan G. Gómez como coordinador del movimiento independentista y como su delegado en Cuba. Gómez tenía una excelente capacidad organizativa, era persuasivo y tenía conexiones con cientos de asociaciones mulatas y negras que podían apoyar

la causa revolucionaria (McGillivray 42). Gómez actuó con Manuel García como los únicos sin experiencia en las guerras anteriores dentro del comité central de la isla, lo que apuntaba a otra estrategia clave del partido: la incorporación de líderes civiles de todas las clases y razas (McGillivray 41). De igual forma, con la asignación de Gómez como coordinador y jefe del partido en Cuba, Martí aseguró la participación de líderes civiles negros en cargos importantes. El avance en la esfera militar por méritos en la batalla no sería suficiente; Martí apoyó la idea de que negros y mulatos debían llegar a espacios y posiciones de importancia en todos los niveles políticos y sociales.

La influencia en esta cooperación se puede notar en el artículo “El plato de lentejas”, publicado en 1894. Martí reflexiona sobre la participación negra en la revolución basada en el simbolismo del apego filial: “¡Y cuando se levante en Cuba de nuevo la bandera de la revolución, el cubano Negro estará abrazado a la bandera, como a una madre!” (3:30). Sabía que sus compañeros de campaña negros luchaban más por la igualdad en Cuba que por patriotismo. De esta manera el enfoque idealista de la unión racial que imaginó solo sería validado por la idea de que los negros deberían percibirse a sí mismos como hijos de Cuba. Bajo tal precepto, se promovió la noción de que la nacionalidad estaba más allá de los estigmas raciales y que los negros y mulatos, al ser cubanos, podrían obtener los mismos derechos adquiridos por los ciudadanos blancos en una sociedad libre.

Si bien esta imagen romántica de unión e igualdad racial se planteó desde una visión política e histórica idealizada, en la praxis, el fortalecimiento del liderazgo de los oficiales negros en el ejército y la participación política negra en la esfera civil demostró la manera excepcional en la que la última guerra contra España se libraría en el continente americano. Gran parte de la prosa ideológica promovida en los primeros años del diario *Patria* surgió desafiando el racismo que prevaleció como ideología dominante durante el período y se centró en la construcción de una nueva identidad nacional cubana.

Aunque Martí y el movimiento insurgente promovieron una concepción de la nacionalidad sin raza, gran parte de la población negra cubana enfocó su lucha en la reivindicación racial. A fines del siglo XIX, todas las naciones de Hispanoamérica, con la excepción de Cuba y Puerto Rico, se habían independizado del dominio colonial español, este retraso hizo que la isla fuera un caso excepcional, donde negros y mulatos, ambos excluidos, terminarían jugando un papel destacado en el proceso independentista del país.

De la igualdad al miedo social en una Cuba libre

El texto inaugural de *Patria*, titulado “Nuestras ideas” y publicado el 14 de marzo de 1892, comenzaba con una declaración en la que se justificaba la guerra revolucionaria que se avecinaba: “La guerra es un procedimiento político”, (Martí, vol. 1: 317), haciéndose eco de la famosa máxima de Carl von Clausewitz “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. En el texto también se muestra el tono denunciante de crítica a la desigualdad social que Martí mantendría esos años:

Si por igualdad social hubiera de entenderse, en el sistema democrático de igualdades, la desigualdad, injusta a todas luces, de forzar a una parte de la población, por ser de un color diferente de la otra, a prescindir en el trato de la población de otro color de los derechos de simpatía y conveniencia que ella misma ejercita, con aspereza a veces, entre sus propios miembros, la “igualdad social” sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla. (1: 320–321)

La relevancia de este artículo residía en su función de proponer la integración racial y, al mismo tiempo, justificar el inicio de una guerra revolucionaria como solución a los problemas de Cuba, es decir que la primera edición de *Patria* ya impulsaba la visión de que la igualdad social dentro de un sistema democrático no puede aceptar imposiciones de una raza sobre otra. Ciertamente, la posición

de igualdad propuesta por Martí, como lo sugirió Cintio Vitier “consiste simplemente en no hacer intervenir en las relaciones humanas el color de piel” (Vitier 52). Por otro lado, Martí recalca que el odio entre razas en Cuba tenía que ser evitado, por lo que en “Nuestras ideas” también reiteraba que “la guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España” (1: 321). Allí se les aseguraba a los españoles que “vivirán seguros en la republica que ayuden a fomentar” (1: 321).

A partir de “Nuestras ideas” la reflexión sobre las relaciones raciales igualitarias se convirtió en un objetivo político. En el breve artículo “Basta”, del 14 de marzo de 1892, Martí reprochó al diario *La Unión Constitucional* de La Habana, órgano informativo del partido político del mismo nombre, creado por los españoles. En el texto, Martí enfrentó el sarcasmo del partido gobernante que había declarado que de llegar la isla a optar por el sufragio universal “hasta los negros tendrían derecho a votar”. Su respuesta martiana incluyó una alusión para detener la concepción maniquea relacionada con el color de los hombres: “Debería cesar esa alusión al color de los hombres”, donde, agregaba, “el bueno es blanco y el malo es negro” (1: 338).

“Mi raza”, que apareció por primera vez en *Patria* en abril de 1893, incorpora una mezcla de sus declaradas opiniones antirracistas prevalecientes en sus escritos de los últimos diez años. En esta publicación, Martí presenta una valoración sobre el tema de tal profundidad, que el breve ensayo puede considerarse su obra más desarrollada en cuanto a las relaciones raciales (Poey Baró 55). Aunque el ensayo tenía como trasfondo las luchas sociopolíticas presentes en Cuba en ese momento, también abarcaba la difícil realidad que enfrentaba la población afrodescendiente en el continente. En este texto, Martí aborda los vagos preceptos del concepto de “raza” y el alcance de la división social en Cuba durante la última década del siglo XIX al tiempo que define que el texto no era una crítica directa al hombre blanco racista colonial, sino una descripción del racismo como una condición presente en todas las

razas: “Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos” (2: 298).

En “Mi raza” no se consideraba la situación de los indígenas o mestizos como por ejemplo en “Nuestra América” (1891), en cambio, el texto confronta la conflictiva relación entre blancos y negros y las tendencias racistas expresadas por ambos grupos. Se puede decir que Martí sintetizó este enunciado moral con el siguiente axioma: “La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color” (2: 299). El ensayo también incluye la percepción de Martí de cómo se articulan las diferencias en una organización política. Así se refleja en los intrincados comentarios que ofreció sobre el papel de los partidos políticos y sugiriendo que las diferencias debían medirse en las ideas y no en la naturaleza del color:

Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y se halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión de las relaciones internas de un color de hombres graduados, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. (2: 299)

Vislumbrando las circunstancias en que se llevaría la guerra contra España, Martí veía a los partidos políticos como instrumentos de organización social capaces de unir diferentes intereses sin discriminación del color. José M. Oviedo ha precisado que gran parte de la prosa de Martí fue prosa ocasional, creada por circunstancias derivadas de su actividad política (42). Considerando el ambiente político en Cuba, el argumento de Martí era que los partidos podían proporcionar canales efectivos de inclusión. La idea era también que

los partidos políticos impulsaran los canales sociales de organización, tanto para una sociedad más unida como para la batalla que se avecinaba por la independencia de la isla. El optimismo natural de Martí le ayudó a imaginar en “Mi raza” una Cuba que superaba los conflictos raciales. Martí sabía que el miedo a una guerra racial aún existía y que sus esfuerzos no podían esconderlo completamente bajo la alfombra, ya que el régimen colonial percibía al movimiento insurgente como un proponente del conflicto racial. En Cuba, el crecimiento del sistema de plantaciones de azúcar, basado en el uso de mano de obra esclava, se sostuvo a pesar de la propagación del “miedo a los negros” y la posibilidad de una revolución esclavista en suelo cubano.

La mano de obra esclava fue siempre un problema latente en la economía azucarera cubana y desde mediados del siglo XIX, el gobierno español intentó blanquear la isla, por temor al levantamiento de la población negra. En 1834, Francisco de Arango y Parreño, quien había sido el principal teórico de la industria azucarera esclavista, propuso suspender el tráfico de esclavos negros y alentó la inmigración blanca como mecanismo para evitar la preocupación del color (Cantero 51). Jorge Camacho explica que luego de la violenta revolución en Haití, prominentes intelectuales cubanos comenzaron a expresar preocupación por la población negra de la isla, aumentado así, el miedo de la población blanca nativa a la gente de color de Cuba. Figuras esenciales como el padre Félix Varela, José Antonio Saco, y Francisco de Arango y Parreño propusieron “medidas para acabar con la trata, abolir la esclavitud o introducir la mano de obra blanca para reemplazar la negra” (Camacho 678). Los criollos no dispuestos a renunciar al trabajo esclavo y al estilo de vida producto de la riqueza generada por la industria azucarera diseñaron un conjunto de medidas de vigilancia, así como métodos de castigo y represión, para minimizar el riesgo de una revuelta racial. En cierta medida, “la ansiedad blanca” como comentó Calixto García en una entrevista en el exilio en Nueva York, uno de los generales y veterano de la Guerra de los diez años y la Guerra Chiquita, se

convertiría en uno de los principales obstáculos de la independencia de Cuba (Ferrer 139).

Aunado a lo anterior, a partir de 1895 los actos de bandidaje cometidos por bandas de delincuentes negros provocaron un fenómeno social que agudizó el miedo de los cubanos criollos blancos a los negros, actitud que ya había prevalecido durante años (Balboa Navarro 161). Las noticias generadas y la fama resultante alcanzada por grupos de agresores negros, fue destacada por la prensa y utilizada por las autoridades para acentuar el conflicto entre razas, así como para desacreditar la lucha independentista (Balboa Navarro 162). El fenómeno del bandidaje negro parecía ser producto de las condiciones que encontró la población negra después de la abolición de la esclavitud en Cuba en 1886, junto con las condiciones generalmente difíciles que existían en la isla a principios de esa década (Pérez 35). Independientemente de la preocupación por el color que había colmado a Cuba durante décadas, Martí imaginaba una república en la que no se negaría derechos civiles ni a los cubanos negros ni a los blancos. Podría argumentarse que esta posición optimista también fue el resultado de la necesidad de pragmatismo político. La unión multirracial enaltecida en “Mi raza” sugiere claramente que se trataba de un manifiesto, un plan de integración social de lo que Martí visualizaba para una Cuba libre y unida.

En resumen, durante el período de 1892 a 1895, fue necesario que José Martí planificara una estrategia cohesionada que asegurara que todos los factores políticos, grupos sociales, razas e individuos trabajarían juntos por la liberación de una Cuba unificada. Ideológicamente, el escritor reiteró que los intereses comunes del hombre dependían de reconocer los méritos del “otro” y de reconocer que lo que distingue a los hombres eran sus virtudes o vicios. La noción de la patria libre del escritor cubano no solo estaba sustentada en la promoción de las libertades, sino que también se utilizó para impulsar la unificación, ya que era necesario a juicio de Martí,

para establecer los mecanismos sociopolíticos que ayudarían a asegurar una sociedad poscolonial inclusiva.

En el marco de su compromiso con la Guerra Necesaria, se produjo una radicalización de su pensamiento antirracista, incluida la negación del concepto de raza en sí. Martí asumió que el racismo era el principal nutriente de la división social, un importante obstáculo para la estabilidad y la armonía, así como para los objetivos políticos del PRC. Martí estaba al tanto de la situación de otras repúblicas hispanoamericanas, y por supuesto de EE.UU., sociedades que seguían sufriendo los efectos de la división racial décadas después de obtener su independencia. En contraste con el sesgado análisis racial proporcionado por pensadores positivistas y “raciólogos” que justificaron las condiciones sociales y económicas del continente a fines del siglo XIX y principios del XX, Martí asumió la posición de que el racismo era un factor determinante que socavaba el progreso de las naciones libres. En el marco de sus escritos, negar los derechos de una raza significaba degradar los derechos de todas las razas. Así pues, la postura de Martí de catalogar la exclusión racial como una de las principales trabas para el progreso social, surgió no solo como resultado de madurez intelectual, sino también como una consecuencia directa de su activismo político.

Obras citadas

Anderson, Benedict. *Bajo tres banderas: anarquismo e imaginación anticolonial*, trans. by Cristina Piña Aldao. Akal Ediciones, 2008.

Camacho, Jorge. “Los Fantasmas del miedo (al negro) en la literatura cubana de la primera mitad del siglo XIX”. *The Bulletin of Hispanic Studies*, núm. 86, 2009, pp. 675–88.

Cantero, J. G. “Introduction” *Los ingenios: colección de vistas de los principales ingenios de azúcar de la isla de Cuba*, ed. Luis Miguel García Mora y Antonio Santamaría García. Centro Estudios y Experimentación de Obras Públicas, 2005.

Fernández, Aurea. *El Partido Revolucionario Cubano*. Universidad de Oviedo, 1998.

Ferrer, Ada. *Cuba: an American History*. Scribner, 2021.

- Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868–1898*. University of North Carolina Press, 1999.
- Foner, Philips S. *Our America*. *Monthly Review Press*, 1977, pp. 11–68.
- Guerra, Lillian. *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba, Envisioning Cuba*. University of North Carolina Press, 2005.
- Helg, Aline. “Sentido e impacto de la partición negra en la guerra de Cuba”. *Revista de Indias*, LVIII, 1998, pp. 47–63.
- . “La mejorana y la independencencia cubana: un choque de ideas y liderazgo entre José Martí y Antonio Maceo.” *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 21, 1999, pp. 227–57.
- Lawrence Tone, John. *War and Genocide in Cuba, 1895–1898, Envisioning Cuba*. University of North Carolina Press, 2006.
- Martí, José. *Obras completas* vol. 1–3, 26 vols. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- McGillivray, Gillian. *Blazing Cane: Sugar Communities, Class, and State Formation in Cuba, 1868–1959*. Duke University Press, 2009.
- Pérez, Louis A. *Cuba between Empires, 1878–1902*. University of Pittsburgh Press, 1983.
- Pérez-Cisneros, Enrique. *El reformismo español en Cuba*. Editorial Verbum, 2002.
- Poey Baró, Dionisio. “Race and Anti-Racism in Jose Martí’s ‘Mi Raza’”. *Journal Contributions in Black Studies*, núm. 12, 1994, pp. 55–61.
- Poyo, Gerald Eugene. *With All, and for the Good of All: The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848–1898*. Duke University Press, 1989.
- Ripoll, Carlos. *Índice universal de la obra de José Martí*. Eliseo Torres, 1971.
- Rotker, Susana. “The (Political) Exile Gaze in Martí’s Writing on the United States”. *José Martí’s ‘Our America’: From National to Hemispheric Cultural Studies*, ed. Jeffrey Belnap y Raúl Fernández. Duke University Press, 1998, pp. 58–76.
- Vitier, Cintio y Fina García Marruz. *Temas martianos*. Centro de Estudios Martianos, 2011.